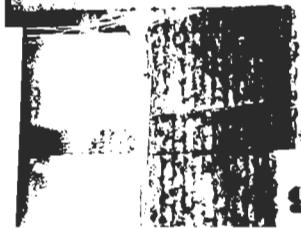


LEUCIA VALIENTE



DOTES DEL EDUCADOR

+ Santa Tecla +



914

DOTES DEL EDUCADOR



TESIS LEIDA POR

Leticia Valiente

EN EL EXAMEN PÚBLICO SOSTENIDO EL DÍA..... DE
NOVIEMBRE EN EL COLEGIO NORMAL DE MAESTRAS
DE SAN SALVADOR, AL OBTENER EL TÍTULO DE

Maestra de Instrucción Primaria

DE PRIMERA CLASE



Colegio de Señoritas "SANTA INES"



1914

— 007054 ✓
867054

NUEVA SAN SALVADOR.—TIPOGRAFÍA CATÓLICA

SF-370.11
V172d
Ej 2

LA / Tesis
371.11
V172d

NO33578

^{slv}
⁹¹
DEDICATORIA ←

A mis amados padres:

Don Flavio Valiente,
Doña Florencia de Valiente

A mis queridos hermanos,

A mis tios y primos.

A la muy Rvda. Madre,

Sor Julia Gilardi.

A mi estimada y respetable Directora

Sor Margarita Sylve.

A todas las Rvdas. Hermanas del establecimiento.

Al Ilustrísimo Monseñor

J. Antonio Dueñas.

A mis respetables profesores,

Mbro. D. José Miglia,

Dr. D. Jorge Argueta.

Al Jurado examinador:

Dr. Don Santiago Barberena,

Dr. „ Francisco Gutiérrez,

Dr. „ Tácito Funes.

A mis queridas condiscípulas.



DOTES DEL EDUCADOR

LA GRANDEZA del educador es tan sublime que me es imposible hablar de ella de un modo adecuado y conveniente.

El se ocupa del hombre, no solamente de su vida física, moral o intelectual, sino de todo el hombre; no del hombre ya formado, sino del hombre que se está formando.

La vida del niño es muy rudimentaria e imperfecta; la madre fue su primer educador y cuando esta no puede continuar su noble misión, sea por falta de tiempo o de capacidad, confía al maestro lo que ella más ama, lo que más sacrificios le ha costado: su propio hijo.

¡Oh! qué grande es la dignidad del educador! ¡Qué seria su responsabilidad! ¡Qué ardua su misión! ¡Qué difícil su tarea!

El es el destinado a desarrollar los gérmenes que en su tierno corazón ha depositado la madre; él ilumina la mente del niño, santifica sus afectos, modera su voluntad, lo inclina al bien y lo incita a practicarlo; las primeras semillas de la ciencia son sembradas por él en la tierna inteligencia de los niños; él es, en fin, el encargado de presidir la educación de las generaciones, formando en las nuevas las futuras; es como dice un autor: «Artista de la civilización y del progreso».

Y si es tan ardua, importante y difícil la misión del maestro ¿cuáles no serán las dotes que debe reunir para cumplir bien con su deber? ¿Cuáles las cualidades necesarias para cuidar de los niños encomendados a su vigilancia y custodia? «El mejor maestro (dice Compayré) es el que dispone en más alto grado de cualidades intelectuales y morales, el que posee más saber, método, claridad y vivacidad en la exposición, al mismo tiempo el más enérgico, el más devoto de su misión, el más apegado a sus deberes y el más afectuoso para sus alumnos».

Guizot resume las cualidades necesarias para un buen maestro de escuela, en el siguiente párrafo:

«¡Qué feliz conjunto de cualidades no se precisan para hacer un buen maestro de escuela! Un buen maestro es un hombre que debe saber mucho más de lo que enseña, a fin de enseñarlo con inteligencia y con gusto; que debe vivir en una modesta esfera, y que sin embargo debe tener el alma elevada para conservar esa dignidad de sentimientos y aún de maneras, sin la que nunca obtendría el respeto y la confianza de las familias, debe poseer una rara mezcla de dulzura y de firmeza, pues si es inferior a muchas gentes de la localidad, no debe ser el servidor degradado de nadie; no ignorante de sus derechos pero pensando mucho más en sus deberes, dando a todos ejemplo, sirviendo a todos de consejero, sobre todo, no tratando de salir de su estado, contento de su situación, porque hace en ella el bien, decidido a vivir y a morir en el seno de la escuela, al servicio de la instrucción primaria que es para él, el servicio de Dios y de los hombres. Un mal maestro de escuela, como un mal cura, como un mal alcalde, es un azote para un pueblo».

Su principal dote es la vocación; es esa voz interior que lo llama a dedicarse al magisterio y sin la cual, ningún maestro podrá cumplir bien con su deber.

Y si es necesaria la vocación para dedicarse a un arte, ciencia o estudio, más necesaria lo será para el maestro que tiene que dedicarse a una vida de sacrificio y en la cual se ve privado de toda clase de satisfacciones.

El maestro por vocación ama la escuela, va a ella gustoso, pasa entre los niños las horas más agradables, porque por ellos vive, por ellos se sacrifica, por ellos ha dejado familia, afecciones y placeres, y no sólo se limita a darles una educación superficial o una instrucción científica; sino comprende y abarca el entendimiento, el corazón, el alma, trabajando con el amor de una madre y con la firmeza de un padre.

Los que desempeñan el cargo de maestros, por interés o por no tener a mano otro empleo mejor para pasar la vida, no darán nunca a los niños una educación sólida y completa, podrán ser temidos pero nunca amados; sucederá lo que ha dicho Fenelón; «El orden es admirable, hermoso, la exactitud inmejorable, pero ¿dónde está la educación?»

Las cualidades intelectuales son importantes para un buen educador; pues del grado de conocimientos que éste posea, dependerá el éxito bueno o malo de la escuela; debe saber mucho para saber enseñar poco; poseer el don de la enseñanza y de la disciplina; cualidades desde luego necesarias para la buena marcha de la escuela.

Las cualidades morales son las que verdaderamente forman a un buen maestro, puesto que él tiene que servir de ejemplo a sus alumnos y por el espíritu de imitación que caracteriza a los niños, no perderán de vista la más leve falta y tratarán de imitarlo aún en sus actos más sencillos.

De otro modo su conducta será una continua contradicción con sus enseñanzas.

La principal cualidad moral que debe poseer un maestro es la modestia; deben cuidar de no ser presuntuosos ni en su conversación, ni en sus modales; pues ésta mortifica mucho a las personas ignorantes o poco instruidas; ser en cuanto sea posible amable a los ojos de la sociedad y de sencillas y puras costumbres.

De este modo se ganará la confianza de los padres y el afecto de sus alumnos.

De la vocación brota como de un manantial, el amor a los niños, la benevolencia, la paciencia, la imparcialidad, cualidades necesarias para formar un digno maestro, pues, como dice Dupanloup: «El fondo del alma del maestro ha de ser la bondad, el afecto y la ternura». Que el niño vea en el maestro un padre, un hermano, un amigo, y si esto no basta, una madre cariñosa que con sus consejos y ejemplos lo conduzca por la senda de la verdad y de la virtud.

Un maestro que se hace amar de sus alumnos, tiene ya hecha una parte de su tarea, pues bien se sabe que el que ama a una persona hace lo posible por agradarla y obedecerla en todo.

El amor del maestro debe ser: generoso, respetuoso y paciente; siendo esta última cualidad la esencial para la educación de los niños; se hace necesaria a cada instante y en todo lugar; así en clase como en recreo; en el estudio como en el paseo; porque los niños con su irreflexión, su inquietud en clase, su curiosidad y sus preguntas importunas y exigentes, hacen que el maestro tenga necesidad de ella para poder soportar estos pequeños defectos; y porque a veces echarían a perder en un solo instante los continuos, solícitos y paternales cuidados de los maestros.

Así es que el ministerio del educador es una vida de sacrificio y abnegación: es entregarse en cuerpo y alma, es dar su tiempo, comodidades, darse, en fin, a sí mismo, todo entero; dejar amigos, paseos, lecturas y dedicarse solamente a sus alumnos, a su cuidado, soportando las distracciones, ingraticudes y defectos tan comunes en los niños a causa de su falta de reflexión y poco tino.

Cuando el maestro no es apreciado, cuando las madres no reconocen ningún deber, sino solo derechos, cuando es visto como un empleado cualquiera (como sucede muchas veces en los pueblos ignorantes y supersticiosos) son también sufrimientos que vienen a aumentar sus trabajos y a hacerles amargas las horas que él destinaba para su descanso.

Todos los reglamentos y programas escolares no valen tanto como vale el maestro, es decir, aquel a cuya disposición se dejan, para que les haga su conveniente aplicación, porque el maestro los interpreta, los hace vivir, los adapta al lugar, al grado de inteligencia de los niños, etc.; les imprime el sello de la verdad y combina los medios necesarios para su progreso.

Un programa bien hecho dado a un maestro de medianas cualidades intelectuales y morales no pro-

ducirá un buen efecto; un programa deficiente en manos de un buen maestro dará un resultado excelente.

Y si depende del maestro la buena marcha de la escuela se ve cuan grande es su responsabilidad delante de la sociedad puesto que los niños que él está educando serán los hombres de mañana; ellos formarán otra nueva sociedad, que será según sean los miembros que la forman; y éstos según la educación que en su niñez hayan recibido. Todo este conjunto de cualidades necesarias para que un individuo, que se dedica al magisterio, sea un buen maestro, implica la necesidad de una preparación adecuada; pues un maestro se forma como se forma un artista, un médico, un ingeniero, etc., para lo que es preciso que la vocación sea excitada, dirigida, cultivada por medio del estudio y de la práctica. Es como una planta que aunque se ponga en buen terreno, es necesario para que fructifique que sea regada, podada y apartada de los abrojos que impiden su desarrollo.

Si un maestro ha logrado reunir todas las cualidades necesarias para que pueda desempeñar bien su noble misión habrá cumplido con su deber: dando a la patria hijos valientes y esforzados; a la sociedad buenos padres de familia y honrados ciudadanos y a Dios verdaderos y buenos cristianos.



SF370.11
V172d
Ej.2

No. I-067054

Valiente, Leticia.

AUTOR

Dotes del educador.

TITULO DE LA OBRA

DEVUELTA	NOMBRE DEL LECTOR

SF370.11
V172d
Ej.2

I-067054

Valiente, Leticia.

Dotes del educador.

2020 2021